



Carta abierta,
un llamado a otra globalización

La hipocresía tras nuestra compasión

El libre comercio y la globalización en sí no bastan.

El Primer Ministro de Bélgica pone el dedo en la llaga, al considerar como “hipócritas” las exenciones arancelarias que Europa ha dado al tercer mundo, sin incluir los productos agrícolas que a estos les interesa exportar.

GUY VERHOFSTADT

Mientras el mundo espera cómo se desarrollará el conflicto iraquí, otros asuntos urgentes han desaparecido de la actualidad. ¿Alguien recuerda las agudas polémicas entre globalizadores y antiglobalizadores de hace apenas un año?

Acaso no era éste el tema del siglo: ¿cómo evitar una lucha de clases violenta entre los más pobres y los más ricos del mundo? En este momento, los ingresos del segundo grupo son unas treinta veces superiores a los del primero. El problema es que esta diferencia no disminuye sino que crece.

Entre ambos sectores se sitúan unos tres mil millones de personas que se beneficiaron de la globalización. Pueblos, esencialmente en Asia, son la prueba de que la globalización, el mercado libre y el libre comercio son la mejor vía – la única comprobada – para erradicar la pobreza.

Sin embargo, los dos mil millones de personas más pobres muestran que el

libre comercio y la globalización en sí no bastan. En la Unión Europea deberíamos saberlo.

Desde la fundación de la Unión, hemos contribuido a sacar a los nuevos estados miembros de la pobreza, mediante el libre comercio, pero también a través de una intensa colaboración, con apoyo financiero y, sobre todo, con la participación de los pueblos implicados.

Acuerdos e hipocresías

Dejemos pues de correr de una megaconferencia a otra en Monterrey, Roma o Johannesburgo. Dejemos pues, europeos y norteamericanos, de criticarnos y de discutir sobre lo que significa ser globalizador o antiglobalizador. Lo que necesitamos es un consenso sobre un mayor desarrollo.

El año pasado, en Doha, las negociaciones dentro de la OMC dieron un giro prometedor hacia más libre comercio y más desarrollo. Pero

no debemos esperar la OMC; los europeos podemos incrementar nuestros propios esfuerzos.

Ya ahora podemos fomentar el libre comercio. La iniciativa europea “Everything but Arms”, de febrero 2001, en la que 48 de los países menos desarrollados obtuvieron acceso al mercado europeo libre de aranceles y cuotas, constituyó un paso importante.

Sin embargo, ¿no es hipócrita que precisamente los productos agrícolas esenciales para muchos países en vías de desarrollo – plátanos, arroz y azúcar – hayan quedado en gran parte excluidos de ese libre acceso a nuestro mercado hasta los años 2006 y 2009?

¿No es significativo que cierto número de países en vías de desarrollo, cuyo nivel de ingresos apenas supera el de los países más pobres, haya quedado excluido de esta medida europea? ¿Dónde está, por ejemplo, Estados Unidos que parece distanciarse cada vez más de la problemática de la globalización y que recientemente



Paliamos la pobreza, pero al mismo tiempo la mantenemos.

introdujo aranceles de importación sobre el acero e incrementó las subvenciones a la agricultura y a la industria textil?

Globalización verdadera

Debemos hacer más. La agricultura es la clave. En los países en vías de desarrollo hasta el 70% de la gente vive de este rubro.

En el norte rico, esta cifra casi nunca supera el 5%. Miles de millones de personas dependen de la agricultura para su supervivencia. A pesar de ello, los países de la OCDE siguen manejando tarifas arancelarias sobre los productos agrícolas del 40% como media.

Precisamente el 40% era la tarifa media para los bienes industriales a finales del siglo pasado, cuando apenas existía el libre comercio. Ahora esa cifra es del 5% como media. La producción de azúcar en Europa cuesta el doble que en Sudáfrica, pero es el producto que en el mercado local desbanca al azúcar nacional.

La importación de leche en polvo europea en Jamaica hizo descender en los últimos cinco años la producción lechera local en una tercera parte. Y

los pescadores europeos reciben tantas ayudas que con sus flotas modernas son capaces de vaciar los caladeros cada vez más escasos en las costas africanas.

A pesar de las reformas, los campesinos y las explotaciones agrícolas europeas aún reciben subvenciones para desplazar a sus competidores más pobres del mercado.

Cada año, Europa gasta 120 millones de euros en cooperación al desarrollo en Sudáfrica. Sin embargo, debido al dumping de azúcar europeo en su mercado, el país pierde cada año más de cien millones de euros de potenciales ingresos de exportación.

Los europeos combatimos la pobreza con una mano, pero evitamos que desaparezca con la otra. Paliamos la pobreza, pero al mismo tiempo la mantenemos. Algunos países pobres intentan huir de la miseria rural. Intentan, por ejemplo, invertir en la producción de textil y ropa. Pero también el comercio de estos productos se ve obstaculizado por los aranceles de importación de los países industriales ricos. Tanto el consumidor occidental como el obrero asiático o africano pagan los platos rotos.

Escuchemos a los pobres

Por consiguiente, debemos procurar que la voz de los países pobres sea oída. A menudo formulan sus peticiones con insistencia, pero no las oímos.

Mi propuesta, que consiste en una estructura de poder político internacional, basada en lazos de cooperación continentales, crea una concertación democrática a escala mundial, en la que la voz de los continentes más pobres se oirá más fuerte que antes.

La pobreza en el mundo exige un enfoque unánime. El camino a seguir – libre comercio, pero no sólo eso – hace tiempo que se conoce. Ha llegado el momento de actuar y de intervenir allí donde el mercado libre no baste.

Como decía Benjamin Barber: “Si la justicia no puede distribirse de manera igual, la injusticia se distribirá de manera igual. Si todo el mundo no puede participar en la prosperidad, todos nos enfrentaremos al empobrecimiento...” Esa es la lección.

Tomado de El Diario de Hoy (El Salvador) 